

TABLA DE CONTENIDO

1. Información del trabajo de grado.....	2
2. Descripción del trabajo de grado.....	3
3. Costuras visibles (trabajo de grado).....	5



AUTORIZACIÓN DEL AUTOR PARA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TRABAJO DE GRADO

Código: FOR-F-2

Versión: 1.0

Página 2 de 51

Fecha: 17/03/2022

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. Trabajo de grado requisito para optar al título de: **Maestra en Escritura Creativa**

2. Título del trabajo de grado: **Costuras Visibles**

3. Autoriza la consulta y publicación electrónica del trabajo de grado:

Sí autorizo No autorizo a la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

4. Identificación del autor

Firma:

Nombre completo: Pilar Andrea Peña Vargas

Documento de identidad: 52517833

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Peña Vargas	Pilar Andrea

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Álvarez	Juan

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestra en Escritura Creativa.

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Costuras visibles.

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa.

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2024

NÚMERO DE PÁGINAS: 46

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):*

ESPAÑOL

Proceso de paz, La Habana, acuerdo para la terminación del conflicto, mujeres en la paz, lideresas, Farc, 2016, conflicto en Colombia, paz en Colombia, farianas, mujeres en el gobierno, construcción de paz, costuras visibles.

INGLÉS

Peace process, agreement for the termination of the conflict, women in peace, female leaders, FARC, 2016, conflict in Colombia, peace in Colombia, FARC members, former FARC members, women in government, peacebuilding, visible seams.

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

“Costuras visibles” es un relato periodístico que reúne las voces de algunas de las mujeres del Gobierno y de las Farc que trabajamos en la construcción de los acuerdos de paz en La Habana, entre 2012 y 2016. A través de anécdotas, historias sencillas y memorias reconstruidas de ambas partes, se cuentan los pequeños pactos que fueron construyendo la confianza para que ambas delegaciones se acercaran y lograran firmar el Acuerdo para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

“Visible seams” is a journalistic account that brings together the voices of some of the women from the government and the FARC who worked on building the peace agreements in Havana from 2012 to 2016. Through anecdotes, simple stories, and reconstructed memories from both sides, it recounts the small pacts that built the trust necessary for both delegations to come together and successfully sign the Agreement for the Termination of the Conflict and the Building of a Stable and Lasting Peace.



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

ANDREA PEÑA VARGAS

COSTURAS VISIBLES

BOGOTÁ

2024

EL TIEMPO ES LA CUESTIÓN (ensayo personal)

Costuras visibles arranca con una advertencia: *han pasado 10 años.*

Mi tensión no es con la creatividad ni con la información para contar mi historia. Mi tensión es con el tiempo. El manuscrito sucede en tantos momentos como recuerdos tengo. Es infinito y a veces desesperante.

Reconstruir historias es una puja dolorosa y frustrante. No se logran los mismos detalles, las mismas sensaciones, los mismos olores, las mismas texturas y sensaciones. Traer el pasado al presente pasa, inevitablemente, por la perspectiva que siempre deforma la historia, le da un orden selectivo y la pone bonita y con sentido.

El relato de las guerras lo cuentan los hombres héroes, protagonistas o mártires. Las mujeres en las guerras son madres, hermanas, hijas de esos guerreros victoriosos. Son víctimas. Nunca protagonistas. Y ni qué pedirlo.

Es distinto reconstruir desde la memoria masculina. Allí todo parece unidimensional, pragmático, elemental. Se hace $A + B$ para tener AB . Pactar el fin de una guerra tiene un método, una ruta y a partir de esos principios se sigue un orden para lograr un acuerdo. En cambio, las mujeres nos esforzamos por hilar con más puntadas y elementos lo que está debajo de ese *orden*.

Concertar la paz no tiene una receta, pero sí una combinación. Se puede seguir una agenda de potenciales acuerdos. Se traza un plan o una ruta que acerque a las contrapartes en sus coincidencias y en avances que puedan medir esa aproximación.

Pero sólo de ese orden no provienen los resultados certeros que conducen a un acuerdo de paz. Hay que adobarlo todo con una energía distinta: una atmósfera de confianza, unos mínimos de encuentro personal, unas conversaciones sobre la historia individual y colectiva que reflejen la importancia de pactar en medio del conflicto.

En “Pray the Devil Back to Hell”, documental que cuenta la historia del movimiento *Women of Liberia Mass Action for Peace*, brilla la escena en la que la trabajadora social Leymah Gbowee inicia el movimiento con rezos y cantos en el rincón de una plaza de mercado donde se vende pescado en Monrovia, Liberia, y logra reunir cristianas y musulmanas para orar por la paz y protestar de blanco y pacíficamente. Su insistencia termina con la elección de Ellen Johnson Sirleaf en Liberia, la primera nación africana con una presidenta.

Las mujeres encontramos en la oración, en los temas de familia, en la estética, en el clima, en el dolor, en el pasado, en las enfermedades, en los sueños, en las ilusiones, en el futuro el punto de convergencia más vital para terminar un conflicto.

La paz nunca se ha sido un logro exclusivo de los hombres.

Fueron las "Trümmerfrau" (las mujeres de los escombros) las que levantaron en Alemania toneladas de ladrillos y armas una vez su país se rindió en la II Guerra Mundial. Fueron las madres de la Plaza de Mayo en Argentina las que lograron recuperar ciento quince nietos y hoy siguen peleando para darle identidad a unos cuatrocientos más. Son las Madres de Soacha las que en Colombia obligaron a llevar a juicio a una veintena de militares por haber matado a sus hijos sin ninguna razón.

“La participación de la mujer en los procesos de paz es de importancia crucial para gestionar los conflictos y ponerles fin sin violencia, porque la mujer entiende la seguridad no sólo como la ausencia de violencia, sino también como la necesidad de satisfacer las

necesidades socioeconómicas. Este enfoque hace que la paz sea más duradera y estable. En resumen, no puede haber paz sin las mujeres”, escribió Esther Fouchier, presidenta del Forum Femmes Méditerranée, una organización que trabaja por las mujeres euromediterráneas que han estado en medio de conflictos en esta región.¹

He ahí lo que he querido reconstruir: historias de algunas de las mujeres que participamos en las discusiones del “Acuerdo para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera” entre 2012 y 2016. Hombres y mujeres del gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc–Ep) haciendo pequeños acuerdos para transformar la guerrilla más antigua de América latina en un partido político, resarcir a sus víctimas, saber la verdad y hacer justicia.

A ocho años de finalizadas estas conversaciones, he explorado desde la pandemia la forma de tejer de nuevo eso que vivimos en La Habana. No es sólo lo que dice Fouchier sobre la mujer como constructora de paz, es también la habilidad de para saber dónde tender los puentes, cómo desenredar discusiones, la forma de leer entre líneas y utilizar esa información en beneficio colectivo. En situaciones de tensión, las mujeres tenemos la capacidad de fijar la intuición para tomar decisiones y redistribuir las cargas de cualquier escenario para encontrar los cauces de salida.

Ahora bien, el paso del tiempo en este ejercicio de reparación juega a dos bandas. Primero, en contra, cuando toca zambullirse en el fondo de los años que pasaron en Cuba tratando de desatar la guerra para hilar las primeras fibras de la paz.

¹ FOUCHIER Ester. “La escritura de las mujeres como liberación de la palabra”, columna en Cuadernos de la Meditaerranía. 2021 <https://www.iemed.org/wp-content/uploads/2021/08/La-escritura-de-las-mujeres-como-liberacio%CC%81n-de-la-palabra.pdf>

Muchas de las historias más personales de las mujeres pueden no resultar trascendentales para hablar de los logros de La Habana en términos de paz, pero son tan profundas y bellas como lo que hicieron ellas mismas para resistir el dilema propio de una negociación. Son el reflejo, además, de la capacidad de resistencia que tenemos las mujeres frente a la adversidad. Pero también el tiempo otorga un ángulo de reposo y distancia que le da una fuerza distinta al relato. Al escribirlo, la historia cobra un orden especial (¿un orden femenino?), la posibilidad de poner en primera línea eso que siempre estuvo bajo capas masculinas: “[...] hemos podido demostrar que escribir es desafiar, transgredir, chocar, hacer vibrar una lengua en todo su conjunto, y al mismo tiempo, es ser uno mismo en un instante de complicidad con la palabra, la sílaba, la puntuación, la imagen poética; de modo que podemos sumergirnos, en ese instante, en un significado, sin tener por qué otorgar a las palabras sus significados convencionales y dejar, así, el texto abierto a varias posibles interpretaciones”, añade Fouchier sobre esa escritura de mujeres.

Desafiar el orden en el que se ha contado lo que sucedió en La Habana. Transgredir las interpretaciones planas, tradicionales y bidimensionales de libros, ensayos, análisis, películas, documentales y textos de lo que allí sucedió. Chocar de frente con la propia intimidad, la vergüenza y el dolor. Mirar de frente, en soledad y colectivamente, cómo pasó lo que pasó entre 2012 y 2016.

El proceso de paz duró cuatro años. O se tardó cuatro años. O sólo se tomó cuatro años frente a los cincuenta y tres en los que se eternizó la guerra contra las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Farc–Ep) en Colombia.

Al tiempo no le pasa el tiempo. A las realidades sí. Envejecen y se afean, se olvidan, se desaparecen, dejan de existir. Por eso hay que sacarlas y tenderlas en palabras y fotografías, en obras de arte, en figuras. Hay que colgarlas en alguna manifestación tangible

que refleje aquello que sucedió. Una narradora (y si son varias, aún mejor) reconstruye, con cuidado especial una historia que busca su origen. Hay más detalle en el relato, más apertura, más tranquilidad, menos prejuicio, más desparpajo, más liviandad en la memoria. Todo puede ser, incluso, más genuino en el recuerdo de las mujeres. La magia de esas palabras son las que inquietan y perturban, y en ese zarandeo e incomodidad descansa una historia que busca ver la luz de alguna forma.

*

Escojo la escritura que se me da fácil, libre y feliz cuando tengo vivo el recuerdo, la conversación, las grabaciones y mis apuntes.

Al fin y al cabo, periodista, no literata.

Cuando comencé a recomponer los pedazos de La Habana tenía 39 años, dos hijos, un pregrado y una pos tusa que contar de los cuatro años del trabajo más divino de toda mi vida, el de ser asesora en temas de comunicaciones en la Oficina del Alto Comisionado para la Paz durante los diálogos entre gobierno y Farc. Comenzaba 2020. Aún trabajando para el Gobierno, pero en un nuevo rol más corporativo, menos desafiante, más aburrido y absolutamente inentendible para mí. Habían pasado tres años desde ese trabajo feliz que había tenido entre La Habana y Colombia.

Supe en ese momento que podía haber algo peor que las toneladas del tiempo que aplastan los recuerdos y la pesadez: el aburrimiento y el miedo. El aburrimiento en un trabajo disonante y ajeno a mí, lleno de cuadros, exceles, presentaciones en Power Point, proyecciones y vainas raras, y el pánico a no volver a sentir alegría al verme tan extraña y distinta.

Busco una salida a lo que sea que me está pasando: me hago la carta astral, oigo audios de meditación, corro más kilómetros y más veces a la semana, leo arbitrariamente

libros de dramas, depresiones y pérdidas, duermo mucho más, no pago terapias ni psicólogos porque plata no hay, pero rezo para encontrar un nuevo trabajo en LinkedIn.

Nada me cura y mi realidad no cambia.

De la nada, una tarde a comienzos de ese 2020 inocente de la parálisis que se vendría, me topo con un viejo amigo con quien trabajamos en Colprensa que me habla de las maestrías del Instituto Caro y Cuervo. Se me calienta el pecho, vuelvo a sentir una ilusión pequeña, factible, posible y sobre todo pagable. Por alguna razón inexplicable, tengo el palpito de que la salida del hoyo negro en el que estaba mi alma y mi cabeza, es ésta. Escribir con otras, escribir con ayuda. Obligarme a escribir.

Durante año y medio me meto de cabeza en la pantalla del computador los martes, jueves y sábados para vivir los profesores más duros, complejos y brillantes que jamás tuve. Pero más increíble aún, me involucro en las vivencias de los veintipico de bichos raros de mis compañeros: más brillantes que los brillantes maestros, más sensibles que mis nervios con las cucarachas. Fueron la luz más directa y cálida que le llegó a mi alma para hacer lo que jamás había podido hacer: comenzar a escribir en serio sobre mis cuentos y libertades en La Habana.

*

En la reparación de historias siempre hay grietas.

Se notan los remiendos, los parches, los rellenos. Los colores se degradan. “Un texto no es una entidad cerrada sobre sí misma; es la proyección de un universo nuevo, distinto de aquel en el cual vivimos”, dice Paul Ricoeur en *La vida, un relato en busca de narrador*. Es mi escritura, la de las mujeres que me confían sus historias, y las historias mismas reconstruidas, un intento de representación de aquello que sucedió por esos años en La Habana. Es la luz de ese nuevo universo, quizás uno con menos angustia y más devoción.

Costuras visibles es un muñeco de trapo reconstruido. Es hermoso y amado. Pero no está completo. Mi meta desde que lo vi por primera vez en mi mente, es hacerlo realidad.

Le he dado la mejor forma posible a punta de conversaciones e intercambios esporádicos que voy jalando de donde pueda: a comienzos de febrero de 2024, en Bogotá, Camila Cienfuegos y yo tuvimos una conversación larguísima. Ella es firmante de paz y mi fuerza más inspiradora en el manuscrito. Pegamos pedazos de la forma como nos conocimos, de cómo nos veíamos las unas a las otras y la una a la otra. Nos recontamos lo que hacíamos en nuestros equipos de trabajo, la forma como vivíamos, el tipo de trabajo y rol que teníamos, ella en las Farc y yo en el Gobierno.

Esa reconstrucción me dejó varias preguntas. La más aguda: por qué tengo tantas lagunas en mi cabeza de cosas importantísimas que pasaron en Cuba y sobre las que, definitivamente, no logro acordarme. Me sugieren rastrear un posible trauma en todo aquello vivido en esa isla rara y extrema. Si fue el caso, si un trauma existe, sería lo menos importante en esta recomposición.

A fuerza de unir los pedazos como sea, empiezo a buscar a otras personajes vitales para mi historia. Una de ellas es Marcela Durán, mi ex jefa, tremendísima consultora, maestra de vida y ser. Traerla a mi relato presente refuerza esa perspectiva reposada tan necesaria para definir bien los detalles a los que necesito volver. Nos intercambiamos audios y mensajes por chat para precisar nuestras visiones y una de las escenas que más impacto me dio al comienzo de los diálogos: su cruce en un baño con Tanja Nijmeier, la guerrillera holandesa que tanta curiosidad nos despertaba en la delegación, y con la que habló de arrugas y vejeces. Semejante par tan dispar se encuentra en la sencillez y obviedad del paso del tiempo.

Sigo en mi búsqueda y le insisto al universo y a todos sus dioses que me permitan tener una tarde con Juanita Millán Hernández, capitán de Corbeta de la reserva activa de la Armada nacional, hoy asesora principal en materia de seguridad del equipo de expertos en mediación del Departamento de Asuntos Políticos y Consolidación de la Paz de las Naciones Unidas. Un título sonoro, larguísimo y rimbombante el de la capitana Juanita, pero no menos poderoso que su papel en La Habana en 2014, cuando trabajó en la Subcomisión de Género luego de haber recibido la orden del presidente Santos de integrar el grupo de quince militares de alto rango (todos hombres, la mitad de ellos generales de la República) que debían trabajar con las Farc en los acuerdos para el cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo, y la dejación de armas (que era el punto tres de la agenda, fin del conflicto).

Hasta ahora, hablar con Juanita ha sido imposible. Viaja todo el tiempo, al parecer tratando de hacer la paz en el mundo. Es un mujer dulce, conversadora, tremendamente empática y de una inteligencia nítida para hablar de temas complicadísimos como los pactos que deben tener las guerras antes de terminarlas. Adora a Madonna, odia decir su edad y su fe entera se la ha puesto a la Virgen María.

En los tiempos de La Habana, ellas tres no sólo trabajaron juntas, sino que habitaron coincidencias profundas llenas de cariño, respeto y admiración que hoy son nostalgia. Aunque también hubo sospechas entre sí, distancias, celos y creo que miedo. Hoy se recuerdan mucho. Jamás volvieron a verse.

También volví a una de mis compañeras de trabajo para recuperar lo que hicimos en la oficina de Comunicaciones. Con Pilar Acosta trabajamos como obreras pasando ladrillos de un lado a otro y removiendo la tierra para levantar comunicados, transcripciones, monitoreos, recomendaciones, análisis de la crisis equis o de la situación y de que estuviera sucediendo en el momento que fuera.

Con Pilar, Camila tuvo una conexión muy especial en momentos vibrantes, no sólo en La Habana, sino también en Colombia, cuando los acuerdos comenzaron a hacerse realidad en los movimientos a las ZVTN (Zonas Veredales Transitorias de Normalización) donde las Farc comenzaron a agruparse para dejar las armas y comenzar su proceso de integración a la vida civil. Igual que con Juanita, como contrapartes había un especial sentimiento de cariño y admiración.

Conversar de nuevo con Camila, Marcela, Pilar y escarbar en mi memoria el papel que tuvo Juanita me pone en un escenario de diálogo colectivo que atraviesa cualquier diferencia política o ideológica.

En la diferencia y sin tanta tensión, las mujeres encontramos más de un camino para converger y no necesariamente teniendo como idea fija lograr la paz en Colombia, sino en sentir pequeñas libertades en la mitad de las dificultades que implicaba pactar el fin del conflicto. Fue así como poco a poco, las palabras entre las mujeres del Gobierno y las Farc empezaron a circular con más facilidad. Comenzamos ver nuestras afinidades más obvias y personales y a entender que, de alguna manera, teníamos que encontrar el camino para un diálogo de verdad.

Cada una me ha dicho la conversación pendiente que tienen entre sí. Alguna necesidad en el fondo tienen de jalar sus memorias, confirmar algún recuerdo embolado, decir verdades o simplemente hablar y dar algún abrazo postergado.

Se entiende, entonces, lo difícil que resulta reconstruir la memoria de un momento del país y compactarlo en un museo, en un libro, en una comisión de la verdad o en lo que sea ese algo sólido, visible y diáfano que pueda explicar por qué pasó lo que pasó. Por fortuna, mi ejercicio de reconstrucción no es tan ambicioso y tampoco tiene que resolver tremendísimos porqués del conflicto en Colombia, sólo relatar algo del cómo fue ese Acuerdo

en La Habana que intentó desenredar la guerra, sus cuatro años largos, pero hacerlo desde la perspectiva de las mujeres negociadoras y de las que pertenecían al equipo técnico.

En los procesos de paz, la probabilidad de fracaso es un 64% menor cuando las mujeres están en la mesa de negociaciones. Además, es un 35% más probable que los tratados de paz resultantes duren al menos quince años, dijo Hannah Neumann, ex diputada del Parlamento Europeo en un discurso a finales de 2020.

Las guerras tienen una tracción masculina, pero *no puede haber paz sin las mujeres.* Hoy no hay suficientes de ellas en el establecimiento real de la paz y la resolución de conflictos. Este manuscrito es un acto periodístico de paz que busca recobrar la esperanza diluida en la implementación de unos acuerdos que buscaron ponerle fin a la guerra en Colombia.

COSTURAS VISIBLES

Han pasado 10 años.

Me esfuerzo en precisar las preguntas que voy a hacerle.

Quiero sentir que somos Camila y yo, hablando como lo hacíamos en La Habana en esos días que están tan lejos y que hoy parecen imposibles de recrear.

El paso del tiempo llama a la inseguridad: ¿nuestras conversaciones fluirán igual?, ¿responderá a mis preguntas como si fuéramos las mismas de hace diez años?, ¿cómo hago para no parecer un cuervo esculcando en su historia, en su dolor, en su vida pasada que quizás quiere olvidar para siempre?

El paso del tiempo pierde las memorias y los entusiasmos también.

Necesito volver a sentir aquella cosa sencilla y feliz que era hablar con esta guerrillera menuda y bonita: Camila Cienfuegos.

Ese nombre no parece un alias. Me suena más a una escritora española, a una pintora argentina o a una estudiante mexicana. Me suena a algo extranjero y elegante. No a la versión femenina de un revolucionario cubano.

Quiero de vuelta eso que sentía cuando ella y yo hablábamos de las mejores cremas para peinar melenas a la entrada de la sede de los diálogos en el Palacio de las Convenciones—Palco, cuando faltaban eternidades para firmar el Acuerdo de paz entre el Estado colombiano y la extinta guerrilla de las Farc. Quiero conmigo, con nosotras, esa libertad para hablar de

nuestras historias más íntimas, más reales, de nuestras preocupaciones verdaderas sobre la vida, nuestros hijos, el amor, el pánico ante la incertidumbre.

Sólo hasta ahora vuelvo a buscar su historia.

Sandra Milena Morales García nació el 10 de junio 1977 en Tuluá, Valle. Cuando tenía ocho años sus papás, campesinos y miembros del Partido Comunista, la mandaron a Cali un poco a ciegas para que viviera donde unos familiares que tenían recursos y para que estudiara en un mejor colegio que el encontraban en los campos tulueños.

En varias entrevistas cuenta que entró a la lucha armada a los quince años cuando comenzó a sentir una rabia infinita al ver las injusticias, la desigualdad, la guerra cíclica, traquetos por todos lados y la falta de oportunidades para que jóvenes como ella pudieran acceder a educación, salud, al menos lo básico para una vida digna. *Estábamos atravesando momentos muy difíciles por la pelea entre los carteles del narcotráfico en el centro del Valle. Imagínese no poder vivir una adolescencia normal, ir a fiestas, parchar con amigos, sino estar día y noche con ese palpito desde el estómago hasta la garganta porque va a explotar una bomba, o porque van a matar a alguien conocido. Yo creo que en las Farc me vieron muy rabiosa pero también muy convencida para dejarme entrar tan joven. Por eso dejaron enfilarme, recuerda Camila.*

Aunque siempre lo creí, Camila y yo no nacimos el mismo día. Y aunque somos Géminis, tampoco tenemos la misma edad como pensaba y como lo habíamos celebrado durante dos años en La Habana. Ella es cuatro años mayor que yo, jamás imaginé que me llevara tanto. Es rarísimo pensar que su rostro delicado y bien cuidado pasó por tantos años de sol, mosquitos, plomo y monte.

Las falsas coincidencias me habían hecho pensar que ese era el inicio de mi relato juntas. Me sacudo. Vuelvo a pensar como arrancar esto.

Quiero jalar del pasado esa delicia de burlarnos de nuestra ropa y señalarnos las manchas que nos comenzaban a salir en la cara; quiero esa confianza y libertad (sobre todo la de ella) para hablar de lo raro que era criar de lejos, o de lo horrible que fue la cirugía que volvieron a hacerle a ella después de un bombardeo a comienzos de la década del 2000, cuando casi le destrozan la panza. Quiero esa comodidad del pasado cuando le conté cómo, por fin, habíamos averiguado por qué varias mujeres del Gobierno habían terminado con infecciones íntimas al salir de La Habana.

Esta conversación va a ser difícil.

Es difícil hablar de Camila con Camila, de nuevo. Es difícil hablar de las dos. Se lo digo. Y es difícil porque ella casi siempre habla en sentido colectivo. Habla de la organización, habla de la paz, dice que haber sido mujer fariana fue esto y aquello. Casi nunca dice “yo”. Siempre es “nosotros somos”, “nosotras nosequé”, “fuimos así”, “estamos asá”. Y yo tratando de hurgar el fondo del fondo, en lo profundo de su alma, para ver si me encuentro eso que antes yo agarraba tan fácil en nuestras conversaciones.

Respiro. Pienso. Las preguntas las llevo escritas en lápiz.

Estoy frente a Camila en un apartamento al suroccidente de Bogotá. Ella vive en una vereda en el Cauca, pero viene mucho a Bogotá con su pareja, el congresista Pablo Catatumbo, firmante de paz y miembro de la dirección de Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, Comunes, el partido político que surgió tras la dejación de armas de Farc.

Han pasado casi diez años desde aquel sábado 7 de junio de 2014, un día que a mí me pareció bellísimo y que fue muy importante para la credibilidad del proceso de paz y para las garantías de no repetición. Era el último día de alguno de los casi sesenta ciclos de conversaciones que hubo entre el Gobierno y las Farc en La Habana y el clima estaba especialmente húmedo.

Creo que hacía sol y llovía al mismo tiempo, el aire estaba muy húmedo, olía a Sanpic cubano de lavanda con perro mojado, típico después de las trapeadas que hasta tres veces al día hacían unas señoras silenciosas y delgaditas que trabajaban en pasillos de Palco. Mis brazos estaban pegachentos y mi pelo sólo se secó hasta la tarde.

Estábamos en un salón grandote y muy ceremonial de Palco, una especie de hotel Tequedama con aulas medio modernas, oficinas y habitaciones, pero infestado de cucarachas, ratoncitos de monte y bacterias rarísimas de que se reproducían con éxito en el bufet del restaurante.

En ese ciclo de conversaciones, Camila era la encargada de las comunicaciones en las Farc y yo de las del Gobierno. Como parte del método de trabajo acordado para viajar entre Colombia y Cuba, nos rotaríamos el liderazgo de los equipos para poder permanecer tiempo con las familias en Colombia, hacer pedagogía del proceso de paz y tener una permanente conversación con los periodistas, no sólo en Bogotá, sino también en las regiones.

Camila Cienfuegos y yo hacíamos casi lo mismo: boletines de prensa por separado con los avances de la mesa de conversaciones y comunicados conjuntos para informar sobre los anuncios del gobierno y las Farc. Hablábamos con los periodistas sobre la atmósfera de los diálogos o de las crisis, o de lo que fuera que estuviera pasando en ese momento.

Varias ONGs en Colombia y en el exterior le ayudaban a las Farc a difundir y a posicionar el mensaje que querían dejar, sobre todo, en las propuestas que llevaban a la mesa. A nosotros nos pasaba igual: validábamos nuestro trabajo de difusión en organizaciones como la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano- FNPI (hoy Fundación Gabo), Consejo de Redacción y casi todos los diarios regionales con quienes hicimos varios foros en distintas ciudades, hacíamos especiales impresos y digitales y programas de radio y

televisión que se distribuían por los canales regionales, las emisoras comunitarias y todos los productos de Radio Nacional de Colombia- RTVC.

Éramos “las relacionistas públicas de la paz”. Se siente bien leer tremendo cargo y decir que una lo fue, pero excepto por los días previos a la primera firma de los acuerdos del 26 de septiembre de 2016 en Cartagena, que fueron los más realistas y esperanzadores frente a una paz verdadera, durante cuatro años hubo momentos insufribles que tuvieron su mayor expresión la tarde del 2 de octubre, cuando perdimos el plebiscito. En la práctica, el trabajo de Camila, el de su equipo y el mío era escribir por chat, por teléfono y hablar en persona con la prensa que viajaba hasta La Habana. También teníamos contacto con periodistas de Bogotá y de varias partes del mundo sobre los avances de los diálogos. Hablábamos con los medios regionales de manera muy esporádica y con los comunitarios sólo recibía nuestra información casi de manera unidireccional, pues casi nunca viajaban, no tenían ni los recursos ni los periodistas disponibles y suficientes para ir hasta la isla. A todos se les atendía y varios de ellos nos reprochaban. Cuando había anuncios conjuntos, junto con Camila nos encargábamos de revisar los comunicados y de buscar la aprobación del contenido por parte de los jefes de cada delegación: ella con Iván Márquez, yo o alguien de mis compañeras con Humberto de la Calle.

Volviendo al 7 de junio, ese día ocurrió un anuncio increíble: gobierno y Farc acordaron los principios para discutir el punto de Víctimas, y en el acuerdo conjunto que se firmó ese sábado, dos de esos principios eran tremenda noticia. El reconocimiento de las víctimas y el de la responsabilidad en crímenes de guerra por parte de la guerrilla.

Hemos acordado 10 principios rectores para la discusión del punto 5 de la Agenda sobre víctimas que hemos anunciado al país y que serán el marco y la brújula del enfoque del Gobierno y las FARC sobre este punto (...) esto quiere decir que para satisfacer esos

derechos de la mejor manera tenemos que poner fin al conflicto. Y así también evitar que haya nuevas víctimas. El dolor de las víctimas ya ocurridas, y las que suceden cada día en el curso de este cruel conflicto, debe servir de impulso también para evitar las víctimas futuras logrando la terminación del conflicto para que estalle la paz, leyó De la Calle ese día húmedo y soleado.

A todos nos pareció una vaina muy potente porque eso significaba que el “*quizás, quizás, quizás*”, que Jesús Santrich (el más perseverante saboteador de las conversaciones) había respondido cuando le preguntaron, en Noruega —en la instalación de los diálogos en octubre de 2012—, si las Farc iban a reconocer sus responsabilidades, ya no iba a ser, ya no sería, báí báí.

Le pregunto a Camila si se acuerda que ese día, después de la noticia, ella me buscó y me dio un abrazo apretadísimo y me dijo que este era nuestro regalo de cumpleaños. Yo nací un primero de junio de 1981. Recuerdo sentir ganas de llorar de la euforia al pensar que ese pulso con las Farc para que reconocieran su responsabilidad en el conflicto, había quedado resuelto. ¡Punto para las víctimas y el proceso de paz, cero para Álvaro Uribe y su partido Centro Democrático!

Desde noviembre de 2012 hasta septiembre de 2016, cuando se firmaron en Cartagena los primeros acuerdos entre el gobierno del presidentre Juan Manuel Santos y las Farc, la oposición de derecha le hizo la vida imposible a la paz por todas las vías imaginables: mintieron en guerreristas campañas publicitarias y declaraciones sobre la famosa ideología de género que supuestamente estaría dentro de lo pactado.

También se ensañaron en decir que habría vía libre a la expropiación administrativa a los dueños legales de tierras; que los acuerdos eran un golpe a la Constitución, que Santos le estaba entregando el país al terrorismo, a Timochenko, y el “castrochavismo” entonces se

volvió el término favorito de las paolasolguines, palomasvalencias y mafescabales, quienes, a mandíbula batiente, maldecían todo el tiempo las conversaciones en Cuba.

Buscamos que la gente saliera a votar verraca (...) En emisoras de estratos medios y altos nos basamos en la no impunidad, la elegibilidad y la reforma tributaria, mientras en las emisoras de estratos bajos nos enfocamos en subsidios. En cuanto al segmento en cada región utilizamos sus respectivos acentos. En la Costa individualizamos el mensaje de que nos íbamos a convertir en Venezuela. Y aquí el No ganó sin pagar un peso. En ocho municipios del Cauca pasamos propaganda por radio la noche del sábado centrada en víctimas, dijo con descarada claridad el gerente de la campaña por el No del Centro Democrático, Juan Carlos Vélez, quien en una entrevista al diario La República el 5 de octubre de 2016 –dos días después de que el NO ganara el plebiscito por la paz– aseguró que la campaña de indignación estaba basada en el poder de las redes sociales y mediante las recomendaciones de estrategias de Brasil y Panamá, quienes les recomendaron *dejar de explicar los acuerdos para centrar el mensaje en la indignación de la gente.*

Del otro lado, en un válido reclamo de algunas víctimas y líderes que apoyaban los diálogos, siempre orbitó un interrogante y era si esta guerrilla –en palabras sencillas, de manera explícita, sin adornos y de manera directa– iban a responder y a decir la verdad sobre lo que ocurrió con cientos de víctimas de secuestro, homicidio y desaparición tras cincuenta y tres años de haber estado en armas.

De ahí la efervescencia de esa mañana de junio. Pero yo no podía llorar porque los del Gobierno cumplíamos una orden que nadie dio, y es que cualquier aguada de ojo, carcajada o expresión exagerada de sentimiento alguno se veía poco profesional, cero institucional. Un abrazo o un gesto cariñoso le quitaba ese caché ceremonial que solíamos presentar cuando estábamos frente a la guerrilla.

¡Claro que me acuerdo de ese día! Eso fue muy importante porque estábamos dándole la cara a las víctimas, pero no sólo a las de las Farc, sino también a los del paramilitarismo, a los de los militares. Y eso significaba mucho para este país, significaba que nunca más una mamá tendría que enterrar a un hijo por la guerra. Significaba que, como pueblo, estábamos en el camino de la reconciliación y de la reparación. Ese día, por ejemplo, yo me acuerdo que una mamá se paró y le dijo al general Mora: “General, usted nunca hizo algo para salvar la vida de mi hijo y eso lo hace responsable de su muerte”.

Mientras la oigo siento frustración. Camila está confundida, me está hablando de otro momento, seguramente ella recuerda el día en que alguno de los grupos de víctimas fue a La Habana y confrontaron a sus victimarios, pero eso fue mucho después de ese sábado 7 de junio, lleno de humedad y alboroto al que mi memoria se muere por volver con exactitud.

Le pregunto de nuevo si se acuerda de ese abrazo, de ese deseo de cumpleaños, porque justamente ese día yo me quedé sin entender por qué ella estaba tan feliz si gente de su organización tendría que reconocer su culpa en crímenes tenaces. Ese día, gobierno y Farc se comprometieron a reconocer a las víctimas de graves violaciones a los derechos humanos e infracciones al DIH con ocasión del conflicto, y se les reconocía su derecho a la verdad, a la justicia, a la reparación y a las garantías de no repetición. El compromiso era la satisfacción de esos derechos como parte fundamental de las garantías para la conquista de la paz.

Pero ella me sigue hablando de otro día. Le insisto. Me sigue hablando del día equivocado.

Para mí ese abrazo, ese día, encerraba todas las coincidencias que había en nuestras vidas. Su nieta tiene la misma edad de mi hija. Nuestros esposos son mucho mayores que nosotras. Somos periodistas y Géminis. Tenemos el pelo chuto. Nos gustan los collares, la paz, la salsa y en ese momento nos estallaba el corazón por la misma razón. Desde ese día

dejé de sentirme rara y culpable por el cariño, el respeto y la curiosidad que me movía su historia y su manera de vivir el presente. En silencio, creo que desde ese día comencé a ver la costura trasera que, entre noviembre de 2012 y junio de 2016, las mujeres de ambas delegaciones tejimos para pactar el acuerdo político que terminó en la firma de los acuerdos de La Habana.

Brujas y peligrosas

En mi reencuentro con Camila en Bogotá, retomo nuestra conversación para hablar de otro momento que siempre me llamó la atención: sus primeras impresiones cuando llegó a La Habana.

Yo estaba muy prevenida porque éramos muy distintos en muchos sentidos, como distintos de clase. Yo me preguntaba cómo nos mirarían, que dirían de nosotros, porque a uno le hacían preguntas tan estúpidas como que si uno sabía manejar tacones, o maquillarse y arreglarse, cuando eso es casi un instinto en las mujeres, como el ser mamá. Antes de irnos a la guerrilla ya éramos mujeres y en la guerra uno no deja de ser mujer...

Yo era de las estúpidas que pensaba cosas así.

Entre 2003 y 2012 cubrí como periodista lo que llamábamos “orden público” en la agencia de noticias Colprensa y en la revista Semana. Escribí sobre los ataques de las Farc, la Seguridad Democrática del expresidente Álvaro Uribe Vélez y me encaramaba en cuanto helicóptero militar y avión de la Policía volaba para ir a cualquier vereda remota y ver resultados de capturas, operativos y shows varios. Alguna vez, haciendo reportería en el Cauca y en el Huila, en retenes de la guerrilla vi hombres con camuflado de colores mareados por el sol y que expelían un olor amargo. Comprensible, creo, que a mi llegada al Palco en

La Habana imaginara que iba a ver guerrilleras vestidas de café, gris o verde oliva con olor a requesón, bravas y carilavadas.

Imaginarios y estereotipos. Ignorancia.

Camila sigue: *nosotras las veíamos a ustedes, a las de prensa, y se les notaba la universidad, ¡claro! Pero nosotras habíamos hecho más que prensa. Nosotras llevábamos años de un trabajo más local, más rural, más con la comunidad. Éramos empíricas. Y eso había gente que nos lo enrostraba a cada rato.*

Me reí mentalmente de pensar cuál sería la universidad que se me notaba por esos días si había salido de la Sergio Arboleda, hibernadero de una derecha aburrída, más bien mediocre, sobre todo después del asesinato del candidato presidencial Álvaro Gómez Hurtado.

Con mucho orgullo, Camila hace énfasis en que las guerrilleras que estaban dedicadas al trabajo de masas eran profesionales de la vida porque durante años conocieron el dolor, la guerra, la vida real de los campos. Además, dice, tenían una labor pedagógica con las comunidades porque les enseñaban a las mujeres a planificar, a prevenir enfermedades venéreas, a usufructuar mejor lo que les daba la tierra. Me va diciendo esto y me lee un poema que lo siente propio, es autoría colectiva de sus compañeras, hoy ex combatientes:

Brujas somos las mujeres

Pero nosotras, nosotras, somos brujas guerrilleras.

Somos mujeres luchadoras somos libres y protectoras.

Brujas somos las guerrilleras,

hijas de la rebeldía maldecimos la injusticia.

Hechizamos la burguesía con una pizca de sabiduría

y un puñado de alegría.

Brujas y peligrosas

maestras y dialécticas alertas y camudas,

armadas y enojadas.

Por todas nuestras hermanas latinoamericanas

pobres y pisoteadas indias, negras, blancas y mestizas

madres de la democracia

no necesitamos las armas para ser las constructoras

de la Nueva Colombia en Paz y soberana.

Mujeres Farianas.

Soledades

Busco en mi memoria si encuentro algo parecido que me identifique a mí, a mis amigas, a las mujeres de mi familia, a mis compañeras de trabajo como parte de una colectividad por una causa común adicional a nuestro propio género, pero no hay nada más allá de un par de canciones que nada tienen que ver con el ser mujeres. Sentí un poco de envidia al ver que Camila tenía clarísimo que pertenecía a un todo.

De pronto ustedes se expresaban mejor, pero a veces eso no sirve para las cosas importantes porque mire todo lo que hicimos para el Plebiscito con todo lo que nos decían que tocaba a hacer, y lo perdimos. Muchas veces toca hablar en lenguaje sencillo, como habla la mayoría de la gente que no vive en las ciudades. Hay que hablar con los hombres y las mujeres que viven en el país rural para comunicar bien y, sobre todo, hay que oírlos. El hecho de que ustedes fueran universitarias, no significa que supieran más.

Empezamos a llegar al lugar que busco, el lugar *nosotras*, donde cada una habla de lo suyo, de lo que pensó y sintió. Donde cada una cuenta la rabia, el dolor, la envidia, la rareza o el miedo que la otra u otros le provocaba.

Aprieto los ojos para recordar lo que sentía con esas impresiones de nuestra llegada a La Habana. La rutina de los diálogos era más o menos así: en ciclos de once días –tres días de trabajo, uno de descanso, nuevamente se repetía y en el día once nos devolvíamos a Bogotá para contar lo avanzado y cambiar de turno–, el equipo temático trabajaba en los contenidos y argumentos de cada uno de los seis puntos de la agenda: Desarrollo rural, Participación política, Drogas, Víctimas, Fin del conflicto e Implementación.

En los primeros meses todo fue novedad y vértigo, pero con el paso de los años el tiempo se arrastraba encadenado y el desgaste físico, mental y político era cada vez mayor. Al regreso de algún viaje de Cuba que había sido especialmente desesperante, una tarde estaba botada en el sofá de mi casa en Bogotá. Luego de oírme quejar largo por alguna cosa, mi esposo me miró y en tono de obviedad me dijo: *las Farc llevan resistiendo cincuenta y tres años un partido al que nadie le ha pitado su final y podrían quedarse otros tantos más. En lo que queda del partido la que corre es la pelota, no tú.*

Encuentros y repelencias

Aquellas primeras veces que vi a las guerrilleras por los pasillos del Palco me llamó la atención las medias veladas oscuras con figuritas y texturas que usaban. Tiempo después supe que llegaban por toneladas desde China. Llevaban, además, cabelleras bien cuidadas, largas y tinturadas, sandalias y vestidos de colores y estampados. Me gustaba que la mayoría sonreía, especialmente Camila. Algunas nos buscaban la conversación.

Al comienzo de todo, por allá en noviembre y diciembre de 2012, cualquier detalle del clima o de los salones donde se discutiría la Agenda para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, eran la bobada perfecta para poder hablar de algo distinto con la gente . Con el paso de los días, las semanas y los meses frenéticos que comenzaron a vivirse, al aire se volvió más denso y cortante.

La misma calidez no se sentía con los guerrilleros que caminaban por los pasillos de Palco. No sería preciso decir que tenían una actitud morbosa, pero sí había en varios de ellos una energía hostil, unos ojos invasivos sobre las mujeres de nuestra delegación. Algunos eran sarcásticos y burlones y sentía un cansancio extraño con el solo hecho de verlos.

Ver en persona a tipos como Iván Márquez, Jesús Santrich, Romaña o Fabián Ramírez era chocante y menos divertido. Su masculinidad de cemento hacía más afilada la tensión obvia que había entre ambas delegaciones, sobre todo si el que hablaba y carcajeaba era Santrich. Entre los del Gobierno deseábamos que la ceguera se le fuera para la lengua y jamás pudiera volver a hablar. Menos rudo y agotador podía ser hablar con Andrés París, Marco Calarcá, Pastor Alape o Pablo Catatumbo. A muchas siempre nos parecieron más razonables.

Una mañana me sentí amenazada (después no me pareció tan grave), o al menos muy “observada” cuando Andrés París, de la nada, me saludó en uno de los pasillos de Palco y me preguntó por mi “compañero”. Yo pensé que me hablaba de Leo o David, los camarógrafos del equipo de gobierno, pero me aclaró que se refería a mi esposo. Yo le respondí que bien, normal, pero no era el tipo de conversaciones que uno tenía con ellos.

Me han dicho que tu hijo se parece mucho a su papá, dijo.

No sé por qué, pero el tuteo me sonaba espantoso. Pensé que mi sensación era por algún prejuicio de clase pero, pensándolo bien, que me hablara de algo tan íntimo como el físico de mi hijo, en ese tono tan cercano, cuando yo ni siquiera le había preguntado cómo

estaba porque no me interesaba, me hizo sentir repudio y miedo. Aún más espantoso era que supiera cómo era mi niño mayor que, en efecto, era físicamente idéntico a su papá. Me avergoncé de mis nervios evidentes. Sentí el cuerpo frío, las manos me sudaron y fui incapaz de responderle con fuerza y en voz alta. Alguna pendejada medio en secreto le dije, hasta creo que le sonreí. Qué rabia.

Nosotras

Al inicio de las conversaciones en noviembre de 2012, las de comunicaciones del Gobierno nos dedicábamos a construir documentos “ABC” para desmenuzar a la prensa los alcances de las conversaciones y lo que significarían los futuros acuerdos. También participábamos en manotadas de reuniones para ajustar la metodología de trabajo en la isla y organizar las agendas de medios en Colombia.

Éramos siete mujeres coordinando reuniones con periodistas. Cubríamos cuanto encuentro de nuestra delegación había con el presidente Santos, con ministros, agremiaciones y asociaciones de todos los colores y sabores en la ciudad que fuera. Viajábamos, trabajábamos, volvíamos a viajar y seguíamos trabajando. Nuestras familias y amigos duraron parqueados meses enteros en el patio trasero de nuestro día a día.

Jenny González estaba a cargo de la prensa internacional, mientras que Johanna Cárdenas estaba al frente de la regional y comunitaria. Pilar Acosta era la responsable de los periodistas en La Habana y de gran parte de la actualización de la estrategia de comunicaciones con Marcela Durán, la jefe de Comunicaciones del Alto Comisionado de Paz, que a su vez estaba al frente de las comunicaciones de todo el proceso de paz por el lado del gobierno. Beatriz Gallego analizaba encuestas, hacía discursos, resolvía crisis junto con Marcela y Pilar, y seguía de cerca la agenda de De la Calle. Yo estaba cargo de los medios

nacionales, del equipo de La Habana cuando viajaba y de la agenda con la prensa del Comisionado de Paz cuando estaba en Colombia.

Además, había un equipo a cargo de la producción audiovisual: Leonardo Vargas, Omar Nieto, Edwin Lemus y David Corredor estuvieron desde el principio de los diálogos. Después de un par de años, sólo quedaron Leonardo y Ómar. Grababan y fotografiaban todos los movimientos de la delegación del Gobierno: Humberto de la Calle y el comisionado de Paz, Sergio Jaramillo; los generales Jorge Enrique Mora y Óscar Naranjo; y Luis Carlos Villegas y Frank Pearl, que estuvieron al inicio de los diálogos y que venían de tener claros roles en el sector privado.

En ese trabajo no sólo eran importantes las puntadas de cada una de las propuestas del gobierno para garantizar que fueran unos acuerdos realizables con la consabida “paz estable y duradera”, sino la justificación y su relato frente a las víctimas, los medios, la comunidad internacional, la oposición, los guerrilleros aún enmontados en Colombia, la gente del gobierno, los amigos de uno, la familia de uno y uno mismo. Nada sería más difícil en esos cuatro años que saber contarle al mundo las tantísimas razones por las que era urgente pactar un acuerdo del fin del conflicto con las Farc.

Aunque en cada delegación había mujeres trabajando en los grupos temáticos, liderando discusiones y tomando decisiones, muchas veces parecía como si estuvieran en segunda línea. Esos grupos temáticos de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz (OACP) estaban divididos en función de cada uno de los puntos de la agenda. Había abogados, economistas, politólogos, comunicadores sociales. Todos se coordinaban con asesores de otros ministerios del gobierno y consultores externos para trabajar en la filigrana de las propuestas en la mesa de La Habana.

Sin duda, las mujeres fueron cruciales tejedoras del proceso. De nuestro lado, lideraban Mónica Cifuentes (equipo jurídico), Elena Ambrosi (todo el equipo temático), Juanita Goebertus (víctimas y justicia), Marcela Durán, jefa de Comunicaciones de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz por sólo mencionar algunas de las que permanecieron durante todo el proceso entre noviembre de 2012 y noviembre de 2016. María Paulina Riveros y Nigeria Rentería llegaron tras un año de iniciadas las conversaciones, en 2013, y fueron nombradas como plenipotenciarias, nombre estridente de los representantes del Gobierno y a quienes, aunque sonaba cursi, les decíamos “plenis”.

La audacia política de De la Calle y la habilidad estratega de Jaramillo fueron la garantía para que los acuerdos acabaran siendo lo más justos posibles respecto a la reparación de víctimas, la verdad y las garantías de no repetición. Sin embargo, creo que fue el tono de las mujeres, la cadencia y el excesivo cuidado en las formas, lo que hicieron posible que, en el día a día de los diálogos, y en los pactos alcanzados, tuviéramos la precisión necesaria para hacer unos acuerdos efectivos contra la guerra y realizables en términos de construcción de paz.

Del lado del gobierno organizábamos charlas *off the record* con periodistas en Bogotá y en algunas regiones sobre las agendas de los plenipotenciarios. Al comienzo era bien raro trabajar así porque el único vocero autorizado para hablar con los medios era De la Calle, el presidente Juan Manuel Santos y, en algunos casos, Sergio Jaramillo.

No había entrevistas, ni hilos en Twitter, ni transmisiones en vivo de lo que sea que estuviese pasando en los salones del Palco. Los grandes despliegues venían de las interpretaciones periodísticas con la información que salía de Cuba y de la Casa de Nairño.

Las dinámicas de trabajo también eran peculiares. Yo, que venía de hacer periodismo por algo más de doce años, no me imaginaba que la comunicación institucional fuera así. A

veces tocaba pensar y repensar qué escribir en los comunicados para que sonara carnudo y creíble. Tocaba darle vuelta a la tuerca para saber qué decirle a los periodistas en nuestros encuentros o qué responder en los chats grupales cuando nos preguntaban si teníamos un contenido distinto a las declaraciones de siempre. A mis treinta y tantos de ese entonces, me sentía una primípara que jamás saldría de la novatada.

Hubo unas cuantas declaraciones de De la Calle con *backing* de logos de Gobierno. Sus palabras sonaban serias y veraces, pero también rígidas y a veces pesimistas. Creo que haber fracasado en tantos procesos de paz en los últimos años nos hizo llegar cansados y poco creativos a La Habana.

Durante casi tres años, las entrevistas de nuestros voceros sobre los avances de los diálogos estuvieron restringidas. La comunicación era monolítica. Circulábamos notas de prensa, documentos con preguntas y respuestas sobre los avances de los diálogos, algunos trinos y videos en Youtube netamente pedagógicos sobre el significado de los puntos acordados, así como declaraciones del presidente Santos y de algunos de sus ministros, quienes, con cierta frecuencia, soltaban esquirlas de fuego amigo. (Sí, eras sobre todo tú, Juan Carlos Pinzón, entonces ministro de Defensa.)

El 5 de julio de 2015 ese hielo se rompió: después de darle muchas vueltas a cómo sería una primera entrevista de Humberto de la Calle —¿a qué medio darle la entrevista?, ¿cuál sería el tiempo perfecto?, ¿qué temas priorizar?—, decidimos pedírsela al periodista Juan Gossaín, que durante veintiseis años había sido director de RCN radio y para ese entonces estaba fuera de los medios y vivía en Cartagena.

Gossaín y De la Calle conversaron durante treinta y tres minutos sobre el balance del proceso en La Habana a un año de lograr acuerdos en los seis puntos de la agenda. Estábamos pasando, quizás, por el peor de los momentos: en abril de ese año, once soldados del Ejército

habían muerto en un ataque de las Farc en Buenos Aires, Cauca; tres meses después se derramaron de 410 mil galones de petróleo en varias fuentes hídricas de Tumaco por un ataque de la guerrilla contra el Oleoducto Trasandino, lo que fue calificado por las autoridades ambientales como “el daño ecológico más grande que ha tenido el país en esos últimos diez años”.

Todo esto sin contar que las encuestas seguían mostrando la incredulidad de los colombianos frente al éxito de los diálogos de La Habana. Más de la mitad creía que no íbamos para ningún lado, a pesar de tener más de la mitad de la agenda acordada y una clara reducción de cifras como el homicidio, el secuestro y la extorsión. Debido a ese “silencio” del gobierno, que duró tanto tiempo, nos rajaban desde la propia familia (no precisamente la tía uribista) hasta las mesas de radio, los columnistas de los periódicos, los amigos del proceso de paz, los enemigos, los opinadores, los metiches, los que sabían de la complejidad de hacer un pacto para terminar la guerra y los que no tenían ni idea. Y por supuesto, la oposición que aprovechaba para decir que teníamos cientos de escondidos en las conversaciones.

Del otro lado de la mesa estaba Camila junto con su equipo de comunicadores. Teníamos la sensación de que todo el tiempo las Farc decían cosas, daban noticia, se hacían notar. Actualizaban cada tres días un noticiero que tenían por YouTube que llamaron “La insurgencia informa”, donde presentaban entrevistas con miembros de su delegación, interpretaban la agenda, enviaban mensajes de aliento a la guerrillerada que aún estaba en armas en las selvas de Colombia y anunciaban nuevos integrantes cada vez que alguno llegaba a Cuba. Trinaban, daban entrevistas a la prensa, declaraciones casi todas las mañanas antes de entrar a las sesiones donde se discutía la agenda. No eran menos aburridos que nosotros, pero siempre daban de qué hablar.

En ese equipo de comunicadores estaba Tanja Nijmeijer, la famosa holandesa que en la guerrilla agarró el alias de ‘Alexandra Nariño’. Entre nosotras, las del gobierno, comentábamos mucho la forma como veíamos a la extranjera. Era más bonita que en las fotos. Sonreía, pero a la vez transmitía mucha seriedad. Su español tenía acento colombiano casi perfecto y el inglés en las entrevistas a medios internacionales se le oía bonito y fluido.

Ella, ‘Yadira Suárez’ y ‘Boris Guevara’ se encargaban de la presentación del noticiero. ‘Ivonne Rivera’, ‘Milena Reyes’, ‘Sammy Florez’ y ‘Olga Arenas’ hacían producción fotográfica y audiovisual. ‘Wendy Arango’ ayudaba en fotografía y hacía la sección de Twitter. ‘Viviana Hernández’ y ‘Maritza Sánchez’ también hacían comunicaciones y monitoreaban noticias. ‘Carmenza Castillo’ era instructora de cámaras, fotografía y radista. ‘Yuri Sara’, una de las más veteranas, estaba encargada de la imprenta y ‘Paola Franco’ era la editora y fotógrafa de la página Farianas. En los equipos de comunicaciones de gobierno y Farc la mayoría éramos mujeres. Durante muchos años fuimos criticadas porque según los astros, “la Biblia y el Che” (como dirían los cubanos) el cuento de terminar la guerra y hacer la paz siempre lo echamos mal.

Hoy ya por fin no le doy importancia a los juicios infinitos, opiniones sin contexto y críticas sin filtro que tantas personas dentro y fuera del Gobierno nos hicieron en ese entonces, sin imaginar si quiera lo que sucedía.

Para mí lo más importante y hermoso fue haber logrado tener foco y resistencia en equipo, todas y todos al mismo tiempo. La mayoría del gobierno y de las Farc en La Habana nos obsesionamos con sacar los acuerdos adelante. Tuvimos en Marcela, en De la Calle, en Sergio y en general en todo el equipo negociador a líderes sólidos, brillantes, serenos y apartados de cualquier apasionamiento que nos distrajera de nuestro propósito.

Una sola costura

Marcela Durán, mi jefa directa, era una bumanguesa alta, garbosa e imponente. Era más que una consejera de comunicaciones. Era la terapeuta y señora que desenredaba todas las crisis imaginables e impublicables. No hacía otra cosa que resolver mientras existía.

Una mañana, mientras los hombres del Gobierno y de las Farc estaban encerrados para discutir algún punto de la agenda, Marcela se encontró a Tanja en el baño. Ante el desparpajo de una santandereana no hay recato europeo que se resista, así que comenzaron a hablar de ojeras, patas de gallina, vejeces y juventudes que iban y venían dependiendo del cuidado de la piel. Marcela, que cumplía como nadie el mandato de no abrir ningún espacio de confianza o amistad con la guerrilla y quien mejor sabía los trucos de la eterna juventud, al ciclo siguiente le llevó a Tanja la mejor de las cremas antiojeras de *duty free*.

Le conté al doctor De la Calle que le llevaba ese regalo –recuerda Marcela–, no quería cometer una ligereza. Con su visto bueno esperé la primera oportunidad para entregárselo. Creo acordarme que con Tanja nos encontramos en el pasillo y le pedí que nos viéramos en el baño, donde finalmente le di la crema. De verdad quedó asombrada y por unos segundos sentí que dudó si debía recibirla. Pasado esto, y ya con menos tensión, le expliqué cómo debía usarla. Al final éramos dos mujeres mirándonos de frente en un espejo, cada una reconociendo lo que el tiempo hacía en nuestros rostros, cada una con las mismas ganas de esquivar el paso de los años.

Como quien no quiere la cosa, de lado y lado las mujeres nos fuimos mandando avioncitos de papel para crear un mínimo de comunicación, de convivencia, un algo de humanidad entre la dureza en la que se fueron convirtiendo los ciclos, los meses y los años en La Habana. Entre todas, y casi que en secreto, las mujeres comenzamos a hilar una sola costura, un mínimo de algo que nos hiciera sentir ilusión y normalidad.

Melenas, tema que nunca falla

Una de las primeras conversaciones que tuvimos con Camila, en el corredor donde solía esperar la prensa para ver desfilar a nuestras delegaciones antes de entrar a las oficinas de Palco, fue sobre nuestros crespos. Me preguntó qué me echaba para formar cada resorte. Le mentí. Le dije cualquier cosa. La verdad es que si le confesaba el tiempo que gastaba y las pendejadas que hacía para que cada mechón que me enrollaba después me lo desbarataba la humedad habanera, me oiría ridícula y boba. Y yo no iba a decir ni a hacer nada que me distanciara de ella.

Pero fue así como nos fuimos cogiendo cariño y confianza: hablando de nuestro pelo, del clima, del calor en la ciudad.

Por algunas conversaciones que había tenido con policías y militares que trabajaban en inteligencia, siempre supuse que las Farc nos verían, a las que veníamos de Colombia y trabajábamos con el Gobierno, como infiltradas que buscábamos desmovilizar y sonsacarnos a guerrilleros de la delegación para que nos dieran información o algo parecido. Sin embargo, una mañana que le pregunté cómo estaba, me dijo que muy feliz porque le habían llegado fotos de su nieta que, para el 2013, tenía unos tres años, igual que mi hija menor en ese entonces.

Ese día Camila fue sacando su celular para mostrarme las fotos de la niña. Espontánea y orgullosa, iba rodando con su índice derecho el carrete de su galería donde una a una iban apareciendo fotos de lo que, yo me imaginaba, era su familia. Me mostró a su hija, a su yerno, a sus otros nietos. Estaban en la celebración del cumpleaños de alguien. Comenté la belleza de los niños y, como estábamos tan cerquita, me pregunté cómo hacía Camila para tener esa

piel tan lisita y pareja, como si en la guerra hubiera tiempo de echarse bloqueador y ponerse mascarillas.

Para emparejar saqué mi celular y le mostré con risa las fotos de mis hijos, niño y niña, vestidos con chaquetas de cuero para hombre que mi esposo les había comprado mientras yo estaba de viaje. A mi esposo le pareció una percha elegantísima y muy bien escogida. Cualquier cuento sobre nuestras familias siempre fue el pretexto perfecto para hablar de cómo nos sentíamos y lo que pensábamos, dos rasgos humanos pero también lejanos en las contrapartes de una mesa de conversaciones.

Comentamos obviedades sobre las fotos de ambas. Hablamos de la dificultad de criar por Whastapp, sobre todo porque el bloqueo gringo no permitía las videollamadas y todo tocaba a través de videos enviados por correo electrónico y fotos. Opinamos sobre lo difícil que era para los y las jóvenes que trabajaban en La Habana levantarse un noviecito o una amiga chévere y comenzar una historia de amor seria.

A decir verdad, también era difícil mantener el amor que ya existiera. Permanecer once, quince y hasta dieciocho días seguidos en tremenda ciudad tan musical, deliciosa y lejana donde se trabajaba frenéticamente, era un desafío a la vida tradicional que seguía en Colombia,. Vi matrimonios tambalear, romperse y noviazgos hacer agua por la distancia y la dificultad de comunicarse.

Vi hijas y hermanos pilotear cánceres de sus familias a control remoto, una pesadilla entera cuando de lo que se trata es de velar piel con piel en las noches de agonía. El internet iba y venía. La luz igual. Había paranoia con la información que enviábamos por chats. Remar en la distancia la vida que también seguíamos en nuestro país a veces era como el agua que se descarga en el inodoro. Sabrá Dios cuántas de mis compañeras y compañeros de gobierno padecieron en silencio el dolor de estar en La Habana.

Intimidaciones e insurgencias

Creo que fue en 2013 o 2014 cuando las mujeres del equipo del Gobierno, que vivíamos en una misma casa del barrio Miramar, uno de los más bonitos de la capital cubana, terminamos con una infección íntima. Le dije a una de mis compañeras con las que vivía que me sentía mal, ella me contó que estaba igual y a los pocos días la tercera nos contó que ella también había tenido los mismos síntomas en viajes anteriores, pero que ya estaba mejor. La pareja de esta última, cuando ella fue a Colombia, le reclamó que “cuál era la pendejada con eso, que qué era lo que estaba pasando en La Habana para que ella volviera así”. Resultó que el tanque de la casa donde vivimos al comienzo había estado sin limpiar por años y el agua excesivamente cloratada nos había hecho añicos todo.

Ese tipo de “cosas de mujeres” eran las que sucedían mientras se firmaban el punto uno, el dos, el tres de los acuerdos de paz. Con Camila recordamos que Catalina Díaz, hoy magistrada de la JEP, y quien en esa época asesoraba al Gobierno en temas de justicia, acababa de tener un bebé. Una vez, en un ciclo de conversaciones prolongado inesperadamente por días, se ordeñó la leche, la guardó en frasquitos improvisados y los mandó en una pequeña nevera de icopor en un avión de la Fuerza Aérea que recién había dejado a una delegación de la ONU en la isla.

Y en esos temas, si de alguien vi un gesto de consideración y cariño, fue de Camila.

A comienzos de mayo de 2015 mi esposo, periodista como yo, fue despedido de revista Semana. Aunque mi salario era suficiente para sostener nuestra casa mientras él conseguía un nuevo trabajo, la angustia acampaba en el pecho y las preguntas sobre nuestro futuro aún no tenían respuesta.

Días antes de su despido, ‘Pablo Catatumbo’, miembro del Secretariado de las Farc, plenipotenciario en la mesa de conversaciones y pareja de Camila, había escrito una columna en Las Dos Orillas, un portal informativo colombiano que mezcla noticias de política y actualidad en la que mencionaba a mi esposo:

Reconforta leer columnas de opinión como esta del periodista Neira. Ojalá ese mismo estilo ecuánime se adoptara en las redacciones y equipos de trabajo de algunos diarios, noticieros y franjas de opinión y que lograra reemplazar esa manera de opinar y reportar tan ligada a las reminiscencias sectarias de la violencia de la década de 1950, cargada de estigmatizaciones y satanizaciones del otro, (la guerrilla en este caso), asumiendo siempre la falta de objetividad como bandera principal.

Lo que pasa en Colombia no se queda en Colombia y de la echada de mi esposo se enteraron los de las Farc que estaban en La Habana. Cuando llegué a la isla en ese ciclo de conversaciones, a finales de junio de 2015, Camila me llamó aparte para preguntarme qué había pasado con mi esposo. Le expliqué que eran los recortes de nómina tradicionales de cualquier medio de comunicación. Pero ella, bastante descreída, conectó esa decisión de Semana a un posible portazo a la paz después de la columna de Catatumbo y por tratarse del papá de mis hijos.

El mismo Pablo habló conmigo para disculparse por su supuesta imprudencia, pero lejos de la realidad (o al menos de mi intuición) estaba que ese despido fuera algo en contra de las Farc, incluso en un momento donde algunos medios recién habían prescindido de periodistas como Marisol Gómez y Álvaro Sierra, grandes defensores del proceso en La Habana. Además, la revista Semana de esa época siempre estuvo firme con la paz.

Pablo siempre ha sido muy sensible a los temas que tienen que ver con el derecho de los trabajadores y pues, usted sabe, uno siempre andaba prevenido con la prensa de

Colombia sobre todo en esa época. Pensar que de pronto a su esposo lo hubieran estigmatizado sólo por el hecho de haber recibido una opinión positiva de alguien de la organización lo dejaba a uno pensando, me dijo Camila en nuestro reencuentro en Bogotá cuando le pregunté si recordaba de eso que había sucedido.

Más allá de lo obvio que podía parecer esta posición de las Farc respecto al derecho al trabajo, lo sentí igual que los gestos que recibí de mis amigos, de mi familia y de mis jefes: preocupación, solidaridad genuina y pura buena vibra.

Ahora que hemos empezado a pegar pedacitos de historias para armar nuestro propio recuerdo, se develan con Camila una cantidad de momentos que en aquella época no hubiéramos sido capaces de verbalizar.

Uno de esos recuerdos sucedió el viernes 22 de agosto de 2013, un día después de que el presidente Santos, los presidentes de Cámara y Senado y los líderes de los partidos de lo que se conocía en ese entonces como la Unidad Nacional, presentaron un proyecto de Ley Estatutaria para refrendar el eventual “Acuerdo Final” de paz con las Farc, esto con el propósito de que dicha votación de refrendación fuera al tiempo que las elecciones para elegir Congreso en marzo de 2014 o para elegir presidente en mayo de ese mismo año.

Al mismo tiempo, en La Habana, tan pronto como se supo la noticia en la Mesa de Conversaciones, las Farc anunciaron que se levantaban temporalmente de la mesa para analizar dicha propuesta. Pablo Catatumbo fue la persona que lo anunció a la prensa local.

Ayer el Gobierno comunicó al país su decisión de apelar al referendo como mecanismo de refrendación, sin para nada mencionar los procedimientos de construcción democrática de lo que sería refrendado, leyó el guerrillero tras enfatizar en la posibilidad de hacer una Asamblea Nacional Constituyente para refrendar lo que se llegara a acordar al final de los diálogos.

Esa tarde Camila estaba con Marcela y Pilar Acosta tratando de pilotear la noticia para que no sonara tan grave. *La prensa fue muy cruel con nosotros, vuelvo a sentir esas palpitaciones en la garganta de sólo pensar la angustia que me daba salir a hablar con los periodistas en esas crisis tan terribles que teníamos, recuerda Camila.*

Todo era delirante.

En ese momento, donde en teoría la atención de las de comunicaciones debía estar puesta en cómo desenredar semejante maraña para explicarles a los periodistas qué estaba sucediendo y al mismo tiempo dar tranquilidad, Camila y Pilar tuvieron una conversación delirante.

Camila recuerda que hablaron de los matrimonios que en la delegación estaban en pique por el estrés, por la distancia, porque al final era muy difícil que las familias que estaban en Colombia siguieran una vida “normal” en un trabajo así de extraño e incierto. Era como tener el papá o el marido en la guerra. Hoy busco a Pilar y le pregunto por ese momento, pero no lo recuerda en específico.

Yo siento que Camila y yo nos dimos fuerzas en momentos de debilidad, pero eso nadie lo sabía, yo creo que ni siquiera fuimos conscientes de ser apoyo mutuo. Acuérdate que Camila casi se muere mientras estaba en La Habana porque se le complicaron las secuelas de las heridas que le dejó el bombardeo al que sobrevivió. A ella no le gustaba hablar de eso, conmigo lo hizo muy tímidamente, y no desde el dolor físico y la vaina anecdótica que a una desde la vida civil le gustaría saber, sino desde la posibilidad de morir tan joven sin poder ver la paz. Ella y todas las guerrilleras trazaban sus proyectos y medían sus logros, su felicidad, respecto a lo que pasaba con las Farc, y eso es obvio porque si el proceso de paz fracasaba, pues ellas tenían sólo una opción y era uniformarse de nuevo y

volver a la guerra. Yo tenía muchas más opciones: llorar una semana, buscar trabajo y emplearme en cualquier lugar.

Lo bello de todo esto es que incluso Camila, que llevaba años en las Farc viviendo todo en función de la organización, viera con mucha sensibilidad y empatía que la vida personal de nosotras tuviera ese tipo de riesgos.

Es como la familia mía cuando me enmonté. Al comienzo es difícil entender el amor por la lucha social, por la paz, por combatir toda esa desigualdad que veíamos en la vida real en Colombia. Así yo me imagino que les pasaba a ustedes, pero con otras cosas, como la familia y los novios, y de eso me puse hablar con Pilar esa noche, sin zapatos y botadas en el piso, todas cansadas afuera de la sala donde conversaban los machotes de las Farc y del Gobierno, como si fuéramos unos animales esperando a ver qué nos decían para repetirle como loras a los periodistas que nos estaban esperando afuera para devorarnos.

Camila va diciendo esto último a carcajadas. Con picardía asegura que eran más machos (machistas) los del Gobierno que los de las Farc. Defiende a Márquez, a Santrich. Los excusa diciendo que en la costa la gente habla más duro, como regañando, como dando órdenes. Que al menos en las Farc las mujeres sí tomaban decisiones, no como en nuestra delegación.

Esta imagen que me revela Camila me mueve a buscar eso que tantas veces la oí mencionar y leí en algunos textos de las guerrilleras que escribían en la página Farianas sobre el famoso “feminismo insurgente”. Farianas es una web que aún existe pero que dejó de ser actualizada. Ahí he leído varios textos que ilustran muy bien la perspectiva femenina en las guerrilleras de las Farc en medio de tanta masculinidad. El *home* de esa vieja página arranca con una frase de una rapera chilena, Ana Tijoux, que coincide perfecto con eso que vivíamos a diario las mujeres que trabajamos en Cuba: *No es que una nació feminista. Una tuvo que*

empoderarse de ser mujer y dejar de sentirse culpable, porque las mujeres nacemos culpables, siempre somos culpables.

De los varios textos que leí para entender de qué iba ese *feminismo insurgente*, encuentro uno que me llama la atención, más bien poético, escrito por 'Martha Cano' y publicado el 19 de noviembre en 2018:

Se convierte en una experiencia histórica el empoderamiento y vivencias de las Farianas en sus formas de relacionamiento, autonomía y feminismo como un ejercicio de interpretación política de la experiencia insurgente de construcción alrededor del amor como factor de gran relevancia en la lucha revolucionaria, fundamental en este momento que transita Colombia, atravesado por subidas y bajadas, de reconstrucción de memoria, de análisis crítico del avance hoy, del proyecto Revolucionario en nuestro país, de las experiencias y acumulados de la construcción colectiva del amor insurgente y la militancia política para una Nueva Colombia y para las mujeres.

Converso con Camila de esto porque quiero volver a jalar alguna historia, algunas anécdotas, algunas imágenes, de pronto ejemplos que me den claridad de lo que para ellas significaba ese portarretrato feminista revolucionario en un colectivo tan masculino como las Farc o, incluso, en un partido político como el de Comunes, integrado por firmantes de los acuerdos.

¿Qué significado ha tenido y tiene ahora ese feminismo insurgente en su vida como mamá, como abuela, como mujer ex combatiente? ¿Cuál es la mirada única de esa excombatiente, consciente en la construcción de la paz? ¿Cómo se piensan las guerrilleras ahora ex combatientes en el feminismo insurgente? ¿Todas las mujeres de las Farc se proyectaban de una manera más o menos parecida en el feminismo insurgente?

Me explica que, como en cualquier comunidad, siempre hay ideas más clásicas, retrógradas y arcaicas. *Al feminismo tuvimos que hacerle campaña dentro de la organización,* dice. En noviembre de 2017, el medio El Español publicó una entrevista con Cienfuegos sobre feminismo insurgente: *tiene por base nuestras vivencias dentro de la guerrilla. A la gente le cuesta entenderlo, pero en las FARC había mucha más igualdad y paridad que en el resto de la sociedad. Los roles de género no existían. Todos teníamos que llevar el fusil, cocinar, limpiar, independientemente de ser hombre o mujer.*

Su testimonio, sencillo y muy dicente, reflexiona sobre algo que desde el otro lado de la guerra serían las preguntas obvias a los planteamientos que ella hacía: ¿significa que no vivían situaciones machistas?

Sí. Pero porque estamos integrados en una sociedad machista y patriarcal y todos sufrimos los vicios de esa misma sociedad. Son cosas que cuesta mucho cambiar, pero nuestro día a día estaba basado en la igualdad de derechos y el respeto, algo que la mayoría de colombianas no tiene y no queremos perderlo en nuestra vida civil.

Hoy, cuando de nuevo le pido que me cuente de ese feminismo especial fariano, me dice que prefiere darme su respuesta por escrito porque justo está trabajando en un texto alrededor del tema:

El feminismo insurgente es un pensamiento de igualdad, es una idea revolucionaria en la lucha de clases, es una práctica de pensamiento político, de paridad con relación a la sociedad en evolución desde el cuestionamiento crítico de las mujeres donde, día a día, nos preparamos intelectualmente en la búsqueda de romper el techo de cristal.

En esa búsqueda de la igualdad lo que buscamos es generar condiciones integrales para las mujeres, una lucha por la participación política de las mujeres en escenarios públicos, conseguir el reconocimiento de las labores de la mujer que cuida y una

remuneración justa para ellas, escribe Camila, hoy estudiante de Sociología de la Universidad Nacional a Distancia, UNAD, y quien se siente orgullosa no sólo de hacer parte de esta revolución en la revolución (la del feminismo insurgente al interior del hoy partido Comunes), sino de que en sus palabras se noten los cuatro semestres que lleva como alumna.

Su análisis sigue y le apunta a lo que sucede ahora y a lo que debería ser el cumplimiento del Acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, firmado el 12 de noviembre de 2016:

Es importante también resaltar todas las violencias que se ensañaron contra las mujeres. Esto se aborda también desde la exigencia de la implementación de los acuerdos de paz con enfoque de género, enfoque que exigimos que fuera transversal a cada una de esas acciones que se planteaban en los seis puntos de los acuerdos. Creo que entre las dificultades que aún se mantienen son esas brechas que separan a hombres y mujeres. Adicional, persiste la estigmatización hacia las mujeres firmantes de paz, eso es algo que no es fácil de romper porque los prejuicios muchas veces vienen de las mismas instituciones que levantan barreras para garantizar los derechos y la protección de las libertades de segmentos como la comunidad LGBTQ+, y que por ello también se ha venido trabajando en construir el tejido social de manera colectiva, comunitaria, desde el enfoque territorial, desde el enfoque de género con diferentes procesos en varios municipios y ciudades.

Esto tiene que implicar una corresponsabilidad también de la lucha, no solamente por parte de las mujeres, sino también por parte de los hombres que se involucran en esos ejercicios, pero que principalmente son liderados por las mujeres, dadas las circunstancias de cómo nos atraviesan todas estas situaciones de violencias de vulnerabilidad, desde una mirada realista por alcanzar una sociedad justa e igualitariamente humana entre hombres y mujeres.

Encuentro su texto algo reiterativo (repetitivo) de algunas ideas, pero muy genuino. Ese es el lugar desde el que le gusta hablar a Camila.

Tremenda Comisión

En octubre de 2013, impulsadas por ONU Mujeres y Suecia, diez plataformas y varias ONG lograron en Bogotá la Cumbre de Mujeres y Paz, una herramienta de incidencia y comunicación respecto a los temas de género en la construcción de paz. La cumbre recogió las propuestas de casi quinientas participantes en doce mesas de trabajo sobre el punto seis del Acuerdo General en materia de refrendación, implementación y verificación. Además, unas 60 organizaciones de mujeres y diversidad sexual fueron cuatro veces a La Habana para presentar sus solicitudes.

Una de las principales conclusiones fue pedirle al presidente Santos el nombramiento de negociadoras. Al mes, María Paulina Riveros y Nigeria Rentería fueron designadas como nuevas plenipotenciarias del gobierno.

El 7 de septiembre de 2014, la Mesa de Conversaciones instaló la Subcomisión de Género, un hito en las negociaciones de paz en el mundo que buscaba *incluir la voz de las mujeres y la perspectiva de género en los acuerdos*. Esta subcomisión nació por una clara falencia en el proceso de paz que desde el comienzo no consideró la participación de las mujeres de manera activa y explícita. Sobraban las razones para entender que la agenda del fin del conflicto debía ser discutida bajo esta perspectiva: somos la mitad de la población en Colombia; muchas mujeres en los campos fueron víctimas de múltiples formas de violencia; varias organizaciones de mujeres exigían una participación seria de género en lo acordado y, para la época de las conversaciones, los temas alrededor del feminismo y de la comunidad LGBTIQ+ estaban agarrando cada vez más fuerza en el mundo.

Aquí hubo un consenso de Farc y Gobierno, no fue un punto que nos generara dificultad. Las mujeres queríamos ser pactantes y no pactadas, dijo sobre el tema Elena Ambrosi, líder del equipo temático del Gobierno en una entrevista para la Biblioteca Abierta del Proceso de Paz (Bapp) en 2021.

Se lee fácil, pero se hizo difícil. No hubo pulso entre una delegación y otra para acordar la evidente prioridad que debían tener las mujeres, las niñas y la población LGBTIQ+ en lo acordado. Lo tirante estuvo al interior de la delegación.

Victoria Sandino dice que no fueron las Farc como colectividad las que asumieron la tarea de sacar el proyecto adelante: *Esta fue una tarea de las mujeres. Ellos creían que esto no iba para algún lado, entonces utilizamos una táctica: con María Paulina hicimos una especie de dúo porque sabíamos que iba a ser difícil que nos escucharan. Acordamos que ella hablaba con Iván Márquez y yo con De la Calle para así tener más rápido el visto bueno de la Mesa.*

En la misma entrevista con El Español, Camila habló del propósito de esta Subcomisión: *había que intentar proteger a las mujeres. La experiencia de otros países nos dice que la exclusión y la falta de visibilidad de las mujeres en la fase de reconstrucción y postconflicto, las hace más vulnerables a la hora de reincorporarse a la vida civil. Queríamos tenerlo en cuenta.*

Entonces, para que el mandato de la Subcomisión quedara vinculado a los acuerdos, los hombres de la delegación debían aprobar lo que durante meses trabajaron expertas, lideresas regionales, excombatientes y activistas LGBTIQ+.

Un enfoque así no es fácil de identificar en ejércitos de orden patriarcal, dijo María Eugenia Vásquez, ex combatiente del M-19, durante la presentación de los logros de la Subcomisión en julio de 2016.

En total, ocho ejes temáticos fueron incluidos en cuatro de los puntos firmados para el momento y uno de los cambios clave quedó en el punto “Víctimas”, que contempló la creación de un grupo especial para la investigación de la violencia sexual dentro de la Jurisdicción Especial para la Paz. Lo mismo sucedió en la Comisión de la Verdad, que al final entregó un detallado informe sobre cómo el conflicto afectó a las mujeres y la comunidad diversa.

De los actos más bellos y valientes en La Habana y en Colombia fue el trabajo de quienes consolidaron esta Subcomisión. Fue una costura hilada con mucho cuidado, con amor, llena de minucias y pactos que proyectaban una transformación de verdad para los y las que sufrieron en la guerra por su género. Las decisiones que de allí se desprendieron fueron un acto necesario y con fuerza, especialmente para las zonas más violentadas y apartadas del país, flechadas durante años por el machismo, el desequilibrio social y los moralismos que literalmente terminaron matando campesinas, negras, indígenas, gays, trans, lideresas, niñas, adolescentes y madres sólo por el hecho de serlo.

En los acuerdos del primer punto sobre Reforma Rural Integral se leen decisiones vitales como la priorización *a las mujeres cabeza de familia en la asistencia a beneficiarios del Fondo de Tierras*. Contempló medidas específicas en el plan de formalización masiva de la tierra *para superar los obstáculos que afrontan las mujeres rurales* y fue obligatorio *promover la equidad de género, la autonomía económica y la capacidad organizativa* para las mujeres rurales.

Leer los alcances del segundo punto en temas de género el punto de Participación política— es entender la belleza de la democracia:

El Sistema Integral de Seguridad para el Ejercicio de la Política tiene la obligación de incorporar medidas especiales para mujeres, incluyendo la valoración positiva de su participación en lo público.

(...)

El programa de protección individual y colectiva asegurará la protección de lideresas y defensoras de DD. HH. Se promoverá la creación de organizaciones o movimientos de mujeres, jóvenes y población LGBTI, que hagan visibles liderazgos y garanticen su interlocución con los poderes públicos.

(...)

El criterio de género será una necesidad y obligación en la garantía de representatividad de organizaciones y movimientos sociales.

Y en el *Programa Nacional de Sustitución de Cultivos Ilícitos* en el cuarto punto de la agenda, resalta en varias partes y de distintas formas que se tendrán en cuenta las particularidades económicas, culturales y sociales de las mujeres.

Si en los acuerdos no se hacía énfasis en la integración activa, libre e igualitaria a partir de la diferencia, de las mujeres y otros ciudadanos desde sus identidades sexuales y de género diversas, era muy posible que junto con la semilla de la transformación, estuviéramos plantando la de la preservación del statu quo de la inequidad. En lugar de un futuro de oportunidades, habríamos permitido una inmensa nueva cosecha de trampas democráticas: vulnerabilidad y violencias invisibles por razón del género, muy difíciles de erradicar, leyó María Paulina Riveros, líder del gobierno en la Subcomisión, el 24 de julio de 2016 cuando se presentaron sus resultados. Como parte de las formalidades alrededor de cada noticia y para dar muestras en Colombia de que la mesa de conversaciones avanzaba, a las mujeres de la delegación del gobierno y de las Farc nos llamaron para tomarnos una foto

y luego, en Palco, hacer el anuncio a los medios de comunicación de los resultados de la Subcomisión.

Diría que por primera vez sentaban a algunas de las mujeres del Gobierno y de las Farc como si fueran plenipotenciarias. Había asesoras como María Lucía Méndez y Catalina Díaz junto con nuestras plenis: María Paulina y Nigeria Rentería. Y del lado de las Farc estaba ‘Victoria Sandino’, ‘Viviana Hernández’, ‘Yadira Suárez’, ‘Alexandra Nariño’, ‘Milena Reyes’, ‘Maritza Sánchez’ y Camila.

Todas sabíamos que era una foto cosmética e innecesaria. Al lado de un logro tan extraordinario y excepcional como fue atravesarse por todo lo acordado para verificar que la famosa perspectiva de género estuviera presente, era insignificante ponernos a posar para mostrar éxito.

Bueno, al menos usted se ve a la derecha, al fondo. A mí ni me llamaron para sentarme atrás, le dije a Camila entre risas cuando recordamos ese día sentadas en su casa en Bogotá.

Hoy, casi ocho años después de haber logrado esos ocho ejes temáticos a lo largo y ancho de los acuerdos, la Unidad de Investigación y Acusación de la Jurisdicción Especial para la Paz- JEP –que hace parte de la arquitectura institucional que dejó los acuerdos al lado de la Comisión de la Verdad y de la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas–, ha determinado que cada dieciocho horas hay un feminicidio en Colombia; cada dos días asesinan a un líder social; cada siete, a un firmante del acuerdo de paz, y cada diez horas muere asesinado un integrante de la comunidad LGBTIQ+ por su condición de género.

Entre enero de 2020 y junio de 2024 fueron asesinadas 159 personas con orientaciones sexuales diversas, y en 24 de esos casos se comprobó que los crímenes tenían relación con el liderazgo social y el activismo a favor de la comunidad.

Las preguntas sobran leyendo las cifras de esta matazón. Las reflexiones también. Me quedo con la idea que pesa sobre las infinitas posibilidades de seguir reconstruyendo unos acuerdos tejidos, por dentro y por fuera, principalmente por mujeres.

Hoy Camila Cienfuegos trabaja en la JEP acompañando a los comparecientes de las extintas Farc en los macrocasos que la justicia investiga desde el Cauca, aspira recibir el título de socióloga en menos de tres años, es feliz siendo abuela y mamá de verdad y cuida de cerca los días de su madre. Yo trabajo en ProColombia en una oficina bonita en el centro de Bogotá, promocionando el turismo, las exportaciones y la inversión de mi “País de la belleza”, un país que sé que veré tan libre como lo imaginamos durante aquellos años en La Habana.